

Oración para el Octubre Misionero "Corazones fervientes, pies en camino",

(cf. Lc. 24,13-35) Año 2023.

Señor Jesús, inspirados en el lema que nos propone el Santo Padre Francisco para este año, te pedimos que nos des la gracia de recibir como discípulos y misioneros un corazón ardiente, con nuestros ojos abiertos para reconocerte en la Eucaristía y con los pies en camino, sin demoras hacia la misión de anunciar con gozo tu Evangelio.

Señor, muchas veces como los discípulos de Emaús, solemos transitar por el desánimo, la desilusión y el sin sentido, con el semblante triste, mirando el suelo. Esta es la dirección que va de Jerusalén a Emaús.

Pero Tú, Señor, nos das siempre esperanza, pues no te has quedado encerrado con los discípulos que habían quedado en Jerusalén, sino que con corazón ferviente has puesto tus pies en el camino hacia Emaús para encontrarte con aquellos hombres faltos de fe.

Este pasaje bíblico, Señor, nos da esperanza para reconocer siempre, con ojos abiertos, que toda situación difícil siempre es posible de ser revertida con tu gracia, porque el mismo camino tomó otra dirección, otro sentido, cuando estos hombres se encontraron Contigo en la Palabra y en la Eucaristía, el sentido del camino que va ahora de Emaús a Jerusalén. Sin importarles la oscuridad de las peligrosas noches por los senderos de Israel, porque había una luz nueva en sus almas, la Luz que viene de lo Alto, Luz que enciende los corazones en un nuevo ardor, abre los ojos para reconocerte en el Pan partido y pone nuestros pies en camino.



1.- Señor, danos corazones ardientes mientras nos explicas las Escrituras en el camino de nuestra vida misionera. Reconocemos, Señor, que, en la Misión, la Palabra de Dios ilumina y transforma el corazón.

Señor, que en nuestros fracasos y tristezas podamos experimentar que Tú caminas con nosotros. Te damos gracias porque al igual que en nuestro llamado a seguirte, siempre eres Tú quien tomas la iniciativa, eres Tú siempre quien primereas el encuentro. Eres Tú quien primero se acerca a nosotros en el momento del desconcierto para caminar a nuestro lado. En tu gran misericordia, Tú nunca te cansas de estar con nosotros, incluso a pesar de nuestros defectos, dudas, debilidades, cuando la tristeza y el pesimismo nos inducen a ser «duros de entendimiento» (v. 25), gente de poca fe.

Hoy como entonces, Tú, Señor, ya resucitado, eres cercano a tus discípulos misioneros y caminas con nosotros, especialmente cuando nos sentimos perdidos, desanimados, amedrentados ante el misterio de la iniquidad que nos rodea y nos quiere sofocar. Por ello, «¡no permitas, Señor, que nos roben la esperanza!» (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 86). Tú, Señor, eres más grande que nuestros problemas, sobre todo cuando los encontramos al anunciar el Evangelio al mundo, porque esta misión, después de todo, es Tuya y nosotros somos simplemente tus humildes colaboradores, “siervos inútiles” (cf. Lc 17, 10).

Señor Jesús, Tú sabes bien que no todos los días de la vida resplandece el sol, pero danos la gracia de recordar siempre tus palabras, esas que has dicho a tus amigos antes de la pasión: «En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor, pues Yo he vencido al mundo» (Jn. 16, 33).

Después de haber escuchado a los dos discípulos en el camino de Emaús, Tú, Jesús, «comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les interpretaste en todas las Escrituras lo que se refería a Ti» (cf. Lc 24, 27). Y los corazones de los discípulos se encendieron, tal como después se confiarían el uno al otro: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (v. 32). Tú, Jesús, efectivamente, eres la Palabra viviente,

la única que puede abrasar, iluminar y transformar el corazón del hombre.

De ese modo, Señor, podemos comprender mejor la afirmación de san Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (Comentario al profeta Isaías, Prólogo). «Si Tú, Señor, no nos introduces primero, es imposible comprender en profundidad la Sagrada Escritura, pero lo contrario también es cierto: sin la Sagrada Escritura, los acontecimientos de tu misión y los de tu Iglesia en el mundo permanecen indescifrables» (cf. Carta ap. M.P. Aperuit illis, 1). Por ello, el conocimiento de la Escritura es importante para nuestra vida de cristianos, y todavía más para el anuncio de Cristo y de su Evangelio. De lo contrario, Señor, no transmitiríamos a los demás sino nuestras propias ideas y proyectos. Y un corazón frío, nunca será capaz de encender el corazón de los demás.

Señor Jesús resucitado, Tú que eres la fuente de gracia y bendición, acompáñanos y explícanos siempre el sentido de las Escrituras. enciende nuestro corazón, ilumínanos y transfórmanos, de modo que podamos anunciar al mundo tu misterio de salvación con la fuerza y la sabiduría que vienen de tu Espíritu.

2- Señor, “abre nuestros ojos para reconocerte en el partir el pan”. En la Eucaristía queremos siempre reconocerte, Señor, como el culmen y la fuente de la misión. Los corazones fervientes por tu Divina Palabra empujaron a los discípulos de Emaús a pedirte, aun sin reconocerte, que permanecieses con ellos al caer la tarde. Y, alrededor de la mesa, sus ojos se abrieron y te reconocieron cuando Tú partiste el pan. El elemento decisivo que abre los ojos de estos discípulos es la secuencia de tus acciones, Señor: tomar el pan, bendecirlo, partirlo y dárselo a ellos. Tus gestos son gestos ordinarios de un padre de familia judío, pero que, realizados por Ti con la gracia del Espíritu Santo, renuevan ante los comensales el signo de la multiplicación de los panes y sobre todo el de la Eucaristía, sacramento del Sacrificio de la cruz. Pero precisamente en el momento en el que te reconocen, Jesús, como Aquel que parte el pan, «Tú ya habías desaparecido de su vista» (cf. Lc. 24, 31).

Este hecho nos ayuda a entender una realidad esencial de nuestra fe, dado que Tú, que partes el pan, te conviertes ahora en el Pan partido, compartido con los discípulos y por tanto consumido por ellos y por nosotros. Te haces invisible, porque ahora, al comulgarte, entras dentro de nuestros corazones para encendernos todavía más, impulsándonos a retomar el camino sin demora, para comunicar a todos, la experiencia única del encuentro Contigo, Jesús Resucitado.

Así, Tú mismo eres quien partes el pan y al mismo tiempo eres el Pan partido para nosotros. Por eso, Señor, te pedimos la gracia como discípulos misioneros a ser, como Tú y en Ti, gracias a la acción del Espíritu Santo, aquel que parte el pan y aquel que es pan partido para el mundo.

Señor, que siempre podamos recordar en nuestros corazones y mentes que un simple partir el pan material con los hambrientos en tu Nombre, Jesús, es ya un acto cristiano misionero. Con mayor razón, partir el Pan Eucarístico, que eres Tú mismo, es la acción misionera por excelencia, porque la Eucaristía es fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. «No podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento de la Eucaristía. Deseamos, Señor, comunicarlo a todos, porque reconocemos que el mundo necesita del Amor de Dios, necesita encontrarte y creer en Ti.

Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión porque “Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera”» (cf. Exhort. ap. Sacramentum caritatis, 84). Señor, sabemos que para dar frutos debemos permanecer unidos a Ti (cf. Jn. 15, 4-9). Y esta unión se realiza a través de la oración diaria, en particular en la adoración, estando en silencio ante Tu Divina Presencia, Señor, que te quedas con nosotros en la Eucaristía. Renovamos hoy nuestra fe, como discípulos misioneros que, si cultivamos con amor esta comunión Contigo, podemos, con la ayuda de tu gracia, convertirnos en místicos en acción.

Que nuestro corazón anhele siempre tu compañía, Jesús, suspirando la vehemente petición de los dos discípulos de Emaús, sobre todo cuando cae la noche: “¡Quédate con nosotros, Señor!” (cf. Lc. 24, 29).

3 - Señor, danos la gracia de poner siempre nuestros pies en camino, con la alegría de anunciarte a Ti, Señor Resucitado. Danos la eterna juventud de una Iglesia siempre en salida. Una vez abiertos nuestros ojos, al reconocerte, Jesús, «al partir el pan», danos la gracia de ponernos en camino sin demoras (cf. Lc. 24, 33). Danos la gracia de ir de prisa, para compartir con los demás la alegría del encuentro Contigo, manifestando así que «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran Contigo, Jesús. Sabemos y reconocemos en fe, que quienes se dejan salvar por Ti son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Contigo, Jesús, «siempre nace y renace la alegría» (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 1).

No es posible encontrarnos verdaderamente Contigo, sin sentirnos impulsados por el deseo de que todos te conozcan. Por eso, Señor, el primer y principal recurso de la misión lo constituyen aquellos que te reconocen como Cristo resucitado, en las Escrituras y en la Eucaristía, que llevan su fuego en el corazón y su luz en la mirada. Así, también nosotros, con corazón ferviente y con nuestros pies en camino podremos testimoniar la Vida que no muere más, incluso en las situaciones más difíciles y en los momentos más oscuros. La imagen de los “pies que se ponen en camino” nos recuerda una vez más, Señor, la validez perenne de la misión ad gentes, la misión que Tú, una vez resucitado, has dado a la Iglesia de evangelizar a cada persona y a cada pueblo hasta los confines de la tierra.

Señor, hoy más que nunca la humanidad, herida por tantas injusticias, divisiones y guerras, necesita la Buena Noticia de la paz y de la salvación en Ti. Por lo tanto, danos la gracia de llevar el Evangelio a toda la humanidad. «Como cristianos reconocemos desde el Bautismo, que tenemos el deber de anunciarte sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable» (cf. ibíd., 14).

Señor, danos la gracia de la conversión misionera, como individuos y como comunidades, porque sabemos que «la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia» (ibíd., 15). Como afirma el apóstol Pablo, «el amor de Cristo nos apremia» (2 Cor. 5, 14). Se trata aquí de un doble amor, el que Tú, Señor, tienes por nosotros, que atrae, inspira y suscita nuestro amor por Ti. Y este amor es el que hace que la Iglesia en salida sea siempre joven, con todos sus miembros en misión para anunciar tu Evangelio, convencidos de que «Tú has muerto por todos, a fin de que los que vivimos, no vivamos más para sí mismos, sino para Ti, que has muerto y resucitado por nosotros» (cf. v. 15).

Reconocemos, Señor, que todos podemos contribuir a este movimiento misionero con la oración y la acción, con la ofrenda de dinero y de sacrificios, y con el propio testimonio.

Danos la gracia, Jesús, de convertirnos en una Iglesia sinodal, que caminemos juntos, impulsados por tu Espíritu Santo, una Iglesia que ponga sus pies en el camino de la comunión, de la participación y de la misión. Queremos y deseamos, como discípulos misioneros, y como los discípulos de Emaús, poner nuestros pies en camino, escuchándote a Ti, Jesús Resucitado que siempre sales a nuestro encuentro para explicarnos el sentido de la Escrituras y partir para nosotros el Pan, y así poder llevar adelante, con la fuerza del Espíritu Santo, tu misión en el mundo. Como aquellos dos discípulos «contaron a los otros lo que les había pasado por el camino» (Lc. 24,35), también nuestro anuncio será una narración alegre de Ti, proclamándote como Cristo el Señor, anunciando a los demás tu vida, tu pasión, muerte y resurrección, proclamando las maravillas que tu amor ha realizado en nuestras vidas.

Danos la gracia, Señor, de ponernos sin demoras en camino, confiados en que seremos iluminados por el encuentro Contigo y animados por tu Espíritu. Danos la gracia, Señor, de salir con los corazones fervientes, con los ojos abiertos, con los pies en camino, para encender otros corazones con la Palabra de Dios, abrir los ojos de otros para que te reconozcan, Señor Jesús, en la Eucaristía, e invitar a todos a caminar juntos por el camino de la paz y de la salvación que Dios, en Ti, Señor, ha dado a la humanidad.

Te pedimos humildemente estas gracias, Nuestro Amado Señor Jesucristo, que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, y eres Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Santa María del camino, Madre de los discípulos misioneros de Cristo y Reina de las misiones, ruega por nosotros.

Pbro. Gerardo Rivetti

Eremitorio Virgen del Signo
General Cabrera, Córdoba
Diócesis Villa de la Concepción del Río Cuarto